

Sueños y delirios

Edward Said, uno de los máximos exponentes de la cultura palestina y continuo observador del proceso de paz en Medio Oriente, falleció el 24 de septiembre de 2003. En estas páginas reproducimos uno de los últimos artículos del que fuera, desde hace 40 años, profesor de literatura comparada en la Universidad de Columbia

EDWARD SAID

TRADUCCIÓN DE LOURDES ASIAIN

Durante los últimos días de julio, el diputado republicano de Texas Tom Delay, líder mayoritario de la Cámara, descrito una y otra vez como uno de los tres o cuatro hombres más poderosos de Washington, expresó su opinión con respecto a la hoja de ruta y al futuro de la paz en el Medio Oriente. Lo que quiso decir significaba el anuncio de un viaje que subsecuentemente realizó a Israel y a varios países árabes donde, como se sabe, pronunció el mismo mensaje. En términos que no dejaban lugar a dudas, Delay se declaró contrario al apoyo de la administración de Bush acerca de la hoja de ruta, especialmente donde se prevé la formación de un estado palestino. “Sería un estado terrorista”, dijo enfáticamente, usando la palabra “terrorista” (como se ha vuelto costumbre en el discurso oficial estadounidense) sin importar la circunstancia, la definición o las características concretas. Incluso llegó a añadir que debía sus ideas concernientes a Israel a lo que describió como sus convicciones de “sionista cristiano”, frase equivalente con la cual apoyaba no sólo cualquier cosa que hiciese Israel sino

también el derecho teológico del estado judío para hacer lo que sea, sin importar que unos cuantos cientos de “terroristas” palestinos salgan lastimados en el proceso.

La asombrosa cantidad de gente que en el sudoeste de Estados Unidos piensa como Delay asciende a 60 o 70 millones y, hay que decirlo, incluye nada menos que a George W. Bush, quien es también un renacido cristiano inspirado, para quien todo lo que la *Biblia* diga debe seguirse al pie de la letra. Bush es su líder y, sin duda, depende de sus votos para la elección de 2004, la cual, en mi opinión, no ganará. Él y sus estrategias de campaña intentan ganarse a la gente de la extrema derecha de otras partes del país, en especial del centro-oeste, debido a que su permanencia en la presidencia se ve amenazada como consecuencia de su catastrófica política interior y exterior. Entonces, la perspectiva de la derecha cristiana (junto con las ideas y el cabildeo de los fanáticos del movimiento neoconservador pro israelí) constituye una fuerza formidable en la política interior estadounidense, ámbito en donde, ¡ay!, se

Este artículo se publicó en inglés en el semanario electrónico *Al-Ahram* del 21-27 de agosto de 2003 (<http://weekly.ahram.org.eg>)

desarrolla el debate acerca del Medio Oriente en Estados Unidos. No debemos olvidar que Palestina e Israel son un asunto de política local, no de política exterior, para Estados Unidos.

Así pues, si las declaraciones de Delay fueran sencillamente la opinión personal de un entusiasta religioso o las divagaciones de ensueño de un visionario intrascendente, las desecharíamos rápidamente por absurdas, sin embargo, representan un lenguaje del poder al cual no es fácil oponerse en Estados Unidos, donde muchos ciudadanos piensan que lo que ven, lo que creen y lo que a veces hacen se debe directamente a la gracia de Dios. Es sabido que John Ashcroft, el procurador general, comienza cada jornada laboral con una sesión colectiva de rezos en su oficina. De acuerdo, la gente quiere rezar, goza de total libertad constitucional, pero en el caso de Delay, cuando dice lo que dijo en contra de toda una raza, la palestina, en cuanto a que podrían conformar todo un país de “terroristas”, es decir, de enemigos de la humanidad conforme a la definición de la palabra aceptada en la actualidad en Washington, ha obstaculizado en gran forma el progreso hacia su autodeterminación y, de alguna manera, avanzado en la imposición de más sufrimiento y castigo, siempre resguardado en la religión. ¿Con qué derecho?

Consideremos la asombrosa inhumanidad y la arrogancia imperialista de la posición de Delay: con su poder de convencimiento, hombres como él, que están a más de seis mil kilómetros, y quienes lo ignoran todo acerca de la vida real de los árabes palestinos tanto como del hombre en la Luna, realmente pueden tomar decisiones que afecten a los palestinos y así retrasar su libertad y garantizarles más años de opresión y sufrimiento sólo porque creen que todos son terroristas y porque su propio sionismo cristiano (donde no hay prueba ni razón que valga) así se los indica. De tal forma, además de la presión israelí ejercida aquí, por no hablar del gobierno israelí de allá, los hombres, las mujeres y los niños palestinos deben tolerar más obstáculos y más barricadas en su camino hacia el Congreso de Estados Unidos. Así de sencillo.

Lo que me impresiona de los comentarios de Delay no es sólo su irresponsabilidad y su tranquilo e incivilizado (palabra muy de moda con respecto a la guerra contra el terrorismo) desprecio hacia miles de personas que no le han hecho ningún daño, sino también la irrealidad, la delirante irrealidad, que tienen en común sus declaraciones con gran parte del discurso oficial de Washington en lo concerniente a las discusiones sobre

(y la política hacia) Medio Oriente, los árabes y el Islam. Esto ha alcanzado nuevos niveles de intensa e incluso fútil abstracción a partir de los sucesos del 11 de septiembre de 2001. La hipérbole, técnica de encontrar cada vez más y más argumentos exagerados para describir y describir hasta el exceso una situación, ha regido el dominio público empezando, por supuesto, por el propio Bush, cuyas declaraciones metafísicas acerca de lo bueno y lo malo, el eje del mal, la luz del Todopoderoso y su infinito, que me atrevo a llamar desahogos enfermizos acerca de los males del terrorismo, han llevado el lenguaje sobre la historia y la sociedad humana a nuevos niveles disfuncionales de pura polémica infundada. Todo esto junto con solemnes sermones y declaraciones al resto del mundo acerca de ser pragmáticos, evitar el extremismo, ser civilizados y racionales, del mismo modo que los políticos estadounidenses con poder ejecutivo ilimitado pueden legislar el cambio de régimen aquí, una invasión allá, la “reconstrucción” de un país acullá, siempre en confines de sus lujosas oficinas con aire acondicionado de Washington. ¿Es esta la manera de establecer normas para llevar a cabo una discusión civilizada y proponer valores democráticos, incluyendo la propia idea de la democracia en sí misma?

Uno de los temas básicos de todos los discursos orientalistas desde mediados del siglo XIX, es que el idioma árabe y los árabes padecen tanto de una mentalidad como de un lenguaje que no son aplicables a la realidad. Muchos árabes han empezado a creer estos disparates racistas, como si todos los idiomas nacionales como el árabe, el chino o el inglés representaran el pensamiento de quienes los practican. Esta teoría es parte del mismo arsenal ideológico del siglo XIX, usado para justificar la opresión colonial: “los negros” no pueden hablar propiamente, por ello, según Thomas Carlyle, deben permanecer esclavizados; el idioma “chino” es complicado y por ello, de acuerdo con Ernest Renan, el hombre o la mujer chinos son tortuosos y por ello deben permanecer subyugados; y así sucesivamente. Nadie toma en serio tales ideas hoy en día, excepto cuando se refieren a árabes, arábigos y arabistas.

En un documento que escribió Francis Fukuyama, el pontificador y filósofo de derecha, quien fuera celebrado brevemente por su idea extravagante del “fin de la historia”, dijo que el Departamento de Estado hizo bien en deshacerse de sus portavoces arabistas y arábigos porque al aprender el idioma también aprendían los “delirios” de los árabes. Hoy en día, todos los seudo filósofos, incluyendo a autoridades como Tho-

mas Friedman, sostienen pláticas por el estilo en los medios de comunicación, agregando sus descripciones científicas de los árabes acerca de que uno de sus muchos delirios es el “mito” que tienen sobre ellos mismos como pueblo. De acuerdo con autoridades tales como Friedman y Fouad Ajami, los árabes son, sencillamente, un grupo perdido de vagabundos, tribus con banderas que pretenden ser una cultura y un pueblo. Podríamos señalar que este es un delirio alucinante orientalista que tiene el mismo estatus que la creencia sionista de que Palestina estaba vacía, que no había palestinos ahí, y que sin duda no cuentan como pueblo. Apenas es necesario argumentar contra la validez de dichas aseveraciones, ya que, obviamente tienen su origen en el miedo y la ignorancia.

Pero eso no es todo. A los árabes siempre se les ha echado en cara su incapacidad para lidiar con la realidad, por preferir la retórica a los hechos, por regodearse en su autocompasión y su megalomanía, en lugar de hacer declaraciones sensatas de la verdad. La nueva moda es referirse al Reporte de Desarrollo Humano (UNDP) del año pasado como un informe “objetivo” de auto acusación árabe. No importa que este, como ya lo he señalado antes, sea un trabajo superficial y con juicios ligeros de un estudiante graduado en ciencias sociales escogido para probar que los árabes pueden decir la verdad sobre ellos mismos, y esté muy por debajo del nivel de escritos milenarios de críticos árabes de tiempos de Ibn Khaldun a la fecha. Todo eso se olvida, al igual que el contexto imperialista del UNDP que los autores ignoran con desdén, tal vez sea lo mejor para probar que sus ideas están acordes con el pragmatismo estadounidense.

Otros expertos opinan con frecuencia que el árabe es un idioma impreciso e inadecuado para expresar cualquier cosa con auténtica fidelidad. En mi opinión, dichas observaciones son ideológicamente tan nocivas que no requieren argumento, pero creo que podemos darnos una idea de lo que mueven esas opiniones buscando un contraste esclarecedor en uno de los grandes sucesos del pragmatismo norteamericano y cómo nos muestra la manera en que líderes y autoridades actuales se enfrentan con la realidad en términos sensatos y realistas. Espero que el tono irónico que utilizo sea prontamente evidente. El ejemplo que tengo en mente es la planeación estadounidense del Iraq de la posguerra. Hay un registro espeluznante de esto en el *Financial Times* del 4 de agosto de 2003, en donde se nos informa que Douglas Leith y Paul Wolfowitz, funcionarios no electos que están

entre los proselitistas neoconservadores más poderosos de la administración de Bush, con nexos excepcionalmente cercanos con el Partido Likud de Israel, dirigen un grupo de expertos en el Pentágono “quienes todo el tiempo creyeron que esto [la guerra y la posguerra] no iba a ser solamente un *cakewalk* (modismo para referirse a algo que es tan sencillo que requiere el mínimo de esfuerzo), tomaría [todo el asunto], entre 60 y 90 días, entrar y salir... a Chalabi y al Consejo Nacional Iraquí. El Departamento de Defensa podría después lavarse las manos del todo el asunto y partir rápida, tranquila y eficientemente. Y entonces habría un Iraq democrático, que se sometiera a nuestros deseos y aspiraciones depositadas ahí. Y eso era todo”.

Ahora sabemos, por supuesto, que efectivamente la guerra fue peleada conforme estas premisas, y que Iraq fue ocupada militarmente sobre la base de esas suposiciones imperialistas totalmente inverosímiles. Después de todo, el registro de Chalabi como informante y banquero no es de lo mejor, y nadie necesita ahora que le recuerden lo que pasó en Iraq desde la caída de Sadam Hussein. La terrible confusión de los pillajes y saqueos de bibliotecas y museos (que son responsabilidad absoluta de los militares estadounidenses como potencia ocupacionista), el completo desplome de la infraestructura, la hostilidad de los iraquíes (quienes después de todo no son un solo grupo homogéneo) a los contingentes angloamericanos, la inseguridad y la escasez y, sobre todo, la extraordinaria incompetencia humana (y enfatizo la palabra “humana”) de Garner, Brenner y todos sus soldados y protegidos para tratar de manera adecuada los problemas del Iraq de la posguerra, todo esto es prueba del tipo de falso pragmatismo decadente y realismo del pensamiento estadounidense que en apariencia contrasta marcadamente con el de seudopersonas menores, como los árabes, que son totalmente delirantes y por añadidura, utilizan un lenguaje imperfecto. La verdad es que la realidad ya no está en manos de una persona por más poderosa que está sea, ni necesariamente está más cercana a ciertas personas y mentalidades que a otras. La condición humana está hecha de experiencia e interpretación y el poder nunca puede controlar esos factores en su totalidad: también son del ámbito normal del ser humano en la historia. Los terribles errores cometidos por Wolfowitz y Leith se redujeron a una arrogante sustitución del lenguaje abstracto y finalmente ignorante por una realidad mucho más compleja y recalcitrante. Los espantosos resultados aún permanecen.

Por tanto, ya no aceptemos la demagogia ideológica que pretende que el lenguaje y la realidad son propiedad absoluta del poder estadounidense o de las así llamadas perspectivas occidentales. El meollo del asunto es, por supuesto, el imperialismo (finalmente banal) que tiene la misión auto impuesta de borrar del mundo a figuras demoniacas como Sadam, en nombre de la justicia y el progreso. Las justificaciones revisionistas del la invasión de Iraq y de la guerra norteamericana contra el terrorismo, que se han convertido en una de las importaciones menos bien acogidas de un antiguo imperio fracasado, el británico, y han hecho un discurso burdo y han distorsionado los hechos y la historia con alarmante facilidad, son proclamados por periodistas británicos expatriados a América, que no tienen la honestidad de decir de frente, sí, somos superiores, y nos reservamos el derecho de dar a los nativos una lección en cualquier parte del mundo en donde nos demos cuenta de que son sucios y atrasados y ¿por qué tenemos ese derecho? Porque esos nativos de cabello crespo, a quienes conocemos porque nuestro imperio los ha gobernado durante 500 años y ahora quieren que América continúe, han fracasado: no entienden nuestra civilización superior, son supersticiosos y fanáticos, son tiranos impenitentes que merecen castigo y nosotros, por dios, somos los indicados para hacerlo en nombre del progreso y la civilización. Si algunos de estos acróbatas periodísticos veleidosos (que han servido a tantos amos que ya no tienen ninguna conducta moral) también pueden arreglárselas para citar a Marx y a la escuela alemana en su favor —a pesar de su reconocido antimarxismo y su absoluta ignorancia de cualquier idioma que no sea inglés—, entonces, que inteligentes parecen. En el fondo solamente es racismo no importa como se disfrace.

En realidad, el problema es más profundo y más interesante de lo que han imaginado los polemistas y publicistas de la potencia estadounidense. Alrededor del mundo la gente está experimentando el dilema de una revolución de pensamiento y vocabulario en la cual el pragmatismo y el neoliberalismo estadounidenses están hechos, por un lado, por sus políticos para establecer una norma universal donde, en realidad, como hemos visto en el ejemplo de Iraq, hay todo tipo de traspies y normas dobles en el uso de las palabras, como “realismo”, “pragmatismo” y otras como “secular” y “democracia”, que necesitan repensarse y revaluarse totalmente. La realidad es demasiado compleja y diversa como para conferirle fórmulas áridas como “Podría resultar un Iraq que fuese amable con

nosotros”. Dicho razonamiento no puede soportar la prueba de la realidad. Una cultura no impone sus ideas a otra, más de lo que un lenguaje y una cultura aislados poseen el secreto para lograr que las cosas ocurran de manera eficiente.

Como árabes, yo señalaría, y como estadounidenses hemos aceptado demasiado tiempo, unos cuantos y muy cacareados lemas sobre “nosotros” y “nuestra” forma de hacer la labor de discusión, argumentación e intercambio. Hoy en día, uno de los mayores errores de la mayoría de los intelectuales árabes y occidentales es que han aceptado sin debate o escrutinio riguroso, términos como secularismo, democracia, como si todos supieran el significado de estas palabras. Estados Unidos tiene hoy en día la mayor población encarcelada de cualquier país del mundo. Para ser un presidente electo no se necesita ganar el voto popular pero se deben gastar más de 200 millones de dólares. ¿Cómo pasan estos asuntos la prueba de la “democracia liberal”?

Así que en lugar de tener los términos del debate organizado sin escepticismo girando alrededor de algunos términos débiles, como “democracia” y “liberalismo” o alrededor de conceptos no examinados como “terrorismo”, “retraso” y “extremismo”, deberíamos estar presionando para lograr establecer un tipo de discusión más exigente, más demandante en la cual los términos se definieran desde varios puntos de vista y que siempre estuvieran ubicados en una circunstancia histórica concreta. El gran peligro es que el pensamiento “mágico” estadounidense a la Wolfowitz, Cheney y Bush se está considerando como el estándar supremo de todas las personas y lenguajes por seguir. En mi opinión, si Iraq es un ejemplo reciente, entonces no debemos permitir que simplemente ocurra sin un debate activo y un análisis minucioso, y no debemos ser inducidos a creer que el poder de Washington es tan impresionantemente irresistible.

Por lo que respecta al Medio Oriente, la discusión debe incluir a árabes y a musulmanes, judíos e israelitas como participantes iguales. Invito a todos a participar y no dejar el campo de los valores, las definiciones y las culturas sin contestación. Ciertamente no son propiedad de unos cuantos funcionarios de Washington, como tampoco la responsabilidad de unos cuantos gobernantes del Medio Oriente. Hay un campo común del quehacer humano que está siendo creado y recreado, y ninguna cantidad de fanfarroneo imperialista podrá ocultar o negar ese hecho. ■